

manos. En este país, el primer deber de una mujer elegante es el de engordar, y se la debe obligar á ello, hasta á palos.

Existen otras señales de superioridad más extrañas aun constituidas por enfermedades que provienen de la excesiva satisfacción del apetito, satisfacción que la riqueza permite. Hasta entre nosotros, existe una asociación de ideas que proviene de esta causa. Un gentleman de la escuela antigua, sabiendo que una persona de ínfimo nacimiento padecía de la gota, exclamaba:—«Al demonio el animal; ¿acaso no bastaba para él el reumatismo?»—Esta anécdota revela la idea reinante aun, de que la gota es una enfermedad de gentil-hombre, porque proviene del buen trato, es decir, de la abundancia que por lo general va con la superioridad social. Despues de este ejemplo, no nos sorprendemos de otro hecho observado en Polinesia. «El uso de la ava, hace aparecer en la piel una costra blancuzca que los Taitianos paganos consideraban como una insignia de nobleza, porque las gentes del pueblo no podian adornarse con ella por no tener el hábito que la produce (1).» Pero de todas las muestras de dignidad de análogo origen y hasta de cualquiera otro, la más extraña es la que segun Ximenes existia entre los naturales antiguos de Guatemala. La muestra de una enfermedad que prefiero no nombrar, á la cual los nobles estaban expuestos á causa de los hábitos que su riqueza les permitia, se habia hecho para los Guatemalos una señal «de grandeza y majestad;» hasta se daba el nombre de esta dolencia á la divinidad (2).

No tenemos necesidad de largas explicaciones para demostrar como estas nuevas distinciones de clase, aunque no se refieran como las anteriores al estado social militar de una manera directa, se le refieren no obstante indirectamente, y cómo aquellas se borran á medida que el estado social industrial se desarrolla.

Los hechos que preceden permiten ver con claridad que estas distinciones de clase se conservan aun rigurosamente en las sociedades constituidas sobre el tipo que impone la continuidad de la guerra, y que dominan principalmente durante el período belicoso de la historia de las más civilizadas naciones. Por el contrario, á medida que se desarrolla la clase de riqueza que no es ya una señal de la categoría social, se ve que el lujo y las costumbres dispendiosas invaden las capas sociales que no pertenecen en manera alguna á la organizacion reguladora; el crecimiento del industrialismo produce la abolicion gradual de

(1) Edinburg, *Chamber's Encyclopædia* 'S. V. Ana', 1860.

(2) Ximenes, *Las historias del Origen de los Indios de Guatemala*, 157.

los signos distintivos de las clases creadas por el militarismo. Cualquiera que sea la forma que revisten todas las reglas suplementarias que prohíben al inferior los usos y la ostentacion permitidas al superior, pertenecen á un régimen social fundado en una cooperacion obligatoria; mientras que la libertad ilimitada que tienen en las naciones más avanzadas las clases gobernadas para imitar los hábitos y los dispendios de las gobernantes, pertenece al régimen de la cooperacion voluntaria.

#### MODAS

No decir nada de la moda al tratar de las instituciones ceremoniales es dejar un vacío en ellas, y no obstante, difícil es tratar de la moda de una manera sistemática. Á través de las diferentes formas de gobierno social de que hasta aquí nos hemos ocupado, hemos distinguido ciertos caracteres comunes que pueden hacerse remontar al mismo origen, y de ellos hemos podido deducir consecuencias claras. Pero las reglas de conducta variadas y siempre cambiantes á todas las cuales se aplica por igual el nombre de moda, no podrian recibir interpretaciones semejantes: no basta una explicacion uniforme para dar cuenta de ella.

En las mutilaciones, regalos, visitas, saludos, cumplimientos, títulos, insignias y trajes, lo que ante todo distinguíamos, no era la semejanza sino la desemejanza entre los actos del superior y los del inferior; lo que el soberano hace, no puede hacerlo el súbdito, y lo que este tiene obligacion de hacer es lo mismo á que no está sujeto el soberano. Pero cuando se trata de las modificaciones de conducta, de traje, de género de vida, etc., que constituyen la moda, lo que nos sorprende, no es ya la desemejanza, sino la semejanza. Para atestiguar respeto á los que tienen autoridad, necesario es seguir su ejemplo y no separarse de él. ¿De dónde procede esta oposicion?

Lo que la explica me parece ser los siguiente: La moda es por su misma naturaleza, imitativa. La imitacion puede proceder de dos motivos enteramente diferentes. Puede ser suscitada por el respeto inspirado por aquel á quien se imita ó por el deseo de patentizar que se está con él bajo un mismo pié de igualdad. Entre las imitaciones inspiradas por estos diferentes motivos, no podria establecerse una línea de separacion clara; además de que es posible



pasar de la imitación respetuosa, que va á la par de una subordinación profunda, á la imitación de rivalidad, carácter de un estado de independencia relativa.

Guiados por esta idea, examinemos cómo las imitaciones respetuosas se originan, y cómo se opera la transición que de éstas conduce á las imitaciones competitivas.

Dada una sociedad caracterizada por una sumisión servil, ¿cuáles son los casos en los que la imitación del superior por el inferior es un medio de captarse el favor de aquél? ¿Cuáles son los rasgos cuya imitación es aduladora para él? Son tan solo sus defectos.

Entre las costumbres de los Fijianos, salvajes en quienes las ceremonias ejercen tan tirano dominio, hay una que presenta muy bien el motivo y el efecto de la imitación.

«Un jefe trepaba un día por el sendero de una montaña seguido de una larga fila de su gente. Llegó á tropezar y cayó; toda su gente hizo inmediatamente otro tanto, á excepcion de uno solo á quien todos preguntaron al instante si pensaba valer más que su jefe.»

Williams nos relata los esfuerzos que hizo para atravesar un puente resbaladizo formado con el tronco de un cocotero.

«Cuando empezaba mi tentativa, un natural me dijo con mucha animación: «¡Hoy tendré un fusil! Preguntéle por qué hablaba de fusil. Estoy seguro, contestó, de que al querer pasar el puente caeréis, y yo caeré despues de vos (queria decir que se mostraria igualmente desgraciado), y como el puente es alto y el agua rápida, y vos sois un caballero, no querreis darme menos que un fusil (1).»

En África, entre los naturales de Darfur, existe una costumbre análoga más chocante aún. «Si el sultan llega á caer del caballo, todas las personas de su séquito deben caer tambien, y si alguno omite esta formalidad, por grande que sea, se le tira al suelo y se le pega.»

(1) Williams and Calvert. *Fiji and the Fijians*. London, 1863, I, 39

Cuando se observa que entre los pueblos de Europa han existido ejemplos si no parecidos á lo ménos análogos, se comprende que los esfuerzos dedicados á complacer á un dueño evitando toda apariencia de superioridad sobre él, son ménos difíciles de creer de lo que podria pensarse. En 1461, habiéndose visto obligado, el duque Felipe de Borgoña, á hacerse cortar el pelo, durante una enfermedad, mandó por edicto que todos los nobles de sus Estados se los mandaran cortar tambien. Más de quinientas personas sacrificaron su cabellera (1). Este ejemplo, en el cual vemos al soberano insistir para que sus súbditos imiten su enfermedad á pesar suyo, pues muchos desobedecieron, conduce naturalmente á otro ejemplo, en el cual la imitación fué voluntaria. En Francia, en 1665, despues de haber sufrido Luis XIV la operación de la fistula, la enfermedad real se puso en moda entre sus cortesanos.

«Muchos de los que antes la escondian cuidadosamente, no se avergonzaron ya de publicarla; y hasta hubo cortesanos que para someterse á esta operación escogieron á Versailles, porque el rey se informaba de todas las circunstancias de esta enfermedad... Vi más de treinta que querian se les practicara la operación y cuya locura era tanta que parecian enfadarse cuando se les aseguraba que no habia necesidad de ella (2).»

Sucede otras veces que es un rey quien adopta una modificación en el traje para ocultar una deformidad (por ejemplo, que se lia el cuello con una corbata ancha para disimular las cicatrices de los lamparones); sus cortesanos le imitan y la moda de esa corbata se extiende hasta las clases inferiores de la sociedad. Hechos de esta clase al añadirse á los anteriores, nos enseñan cómo el deseo de lograr el favor del soberano, deseo que origina la pretension de tener una deformidad parecida á la del amo, puede dar lugar á una moda en el vestido; y cómo tambien la aprobación otorgada á imitaciones de este género, puede extenderse insensiblemente á otras imitaciones.

No es solo una causa de esta clase la que produce por si sola tal efecto. Una nueva causa añade su acción á la primera y aprovecha el paso por ella abierto. La imitación por rivalidad ó competencia dirigiéndose siempre al límite

(1) Quicherat. *Histoire du Costume en France*. Paris, 1875, 298.

(2) Le Roy. *Journal de la santé de Louis XIV*.



te permitido por la autoridad, vuelve en su propio provecho todos los azares que origina la imitación por respeto ó reverencia.

La imitación competitiva empieza entonces casi al mismo tiempo que la reverencial. No es raro que miembros de tribus salvajes se dejen arrastrar para ser aplaudidos, á dispendios relativamente más exagerados que los que hacen los civilizados. Hay naciones bárbaras en las que los dispendios que deben hacerse en honor de los huéspedes con motivo del matrimonio de una hija, son tan costosos, que el temor de tenerlos que hacer sirve de excusa al asesinato de las niñas; así se evita el ruinoso gasto que la educación de una niña causaría á la familia. Thompson y Angas están de acuerdo en el cuadro que trazan de la extravagancia con que ciertos jefes de Nueva Zelanda, por seguir la moda, dan grandes fiestas, cuyas provisiones preparan con un año de antelación, hasta el punto de producir carestías: cada uno de ellos se cree obligado á sobrepasar á sus vecinos en prodigalidad. En fin; el motivo que desempeña el papel de causa al comienzo de la evolución social, y que impulsa á los iguales á rivalizar unos con otros en el gasto, este motivo no deja tampoco de impulsar al inferior á rivalizar con el superior tanto como puede. Siempre y por todas partes el inferior ha tratado de darse importancia; esto supuesto, la manera más general de darse importancia ha consistido para él en adoptar los trajes y el aparato del superior. Algunas personas de clase subalterna, por una ú otra razón llegan á alcanzar el derecho de confundirse con sus superiores al imitar los usos propios de la categoría de éstos; y generalmente, los precedentes de imitación se multiplican de tal manera, que dan á los miembros de las clases numerosas la libertad de vivir y de vestirse de la manera propia de las clases menos numerosas.

Este resultado prodújose sobre todo desde el instante en que la categoría y la riqueza dejaron de ser elementos coincidentes, es decir, tan pronto como el industrialismo produjo hombres bastante ricos para rivalizar en el lujo de su existencia con los de una categoría superior á ellos. Gracias á la superioridad de sus recursos y también al mayor poder que es su consecuencia; gracias también á la creciente importancia del auxilio financiero que puede prestar á las clases gobernantes en los negocios públicos y privados, los industriales vieron decrecer la resistencia que se les oponía cuando intentaban adoptar los usos antiguamente prohibidos á todos los que no eran bien nacidos. Las prohibiciones de los primeros tiempos dictadas y vueltas á dictar por medio de leyes suntuarias se han debilitado poco á poco, hasta que la imitación de los superiores por los inferiores, invadiendo continuamente las capas inferiores, no ha encontrado otra barrera que la de la burla y el ridículo.

Por confundidos y mezclados que se nos aparezcan el ceremonial y la moda, su origen es realmente distinto lo propio que su significación. El ceremonial es propio del régimen de la cooperación obligatoria, y la moda, del régimen de la cooperación voluntaria. Evidentemente hay una diferencia esencial y hasta una oposición de naturaleza entre la conducta impuesta por la dependencia de los pequeños respecto á los grandes y la que es efecto de la imitación de los grandes por los pequeños. Verdad es que las reglas de conducta que aquí distinguimos se fundan generalmente en el mismo conjunto de reglas sociales. Verdad es que ciertas formas ceremoniales acaban por no ser ya para los que las observan, más que elementos de la moda reinante, mientras que ciertos elementos de la moda, como el orden seguido en el servicio de una comida, pasan por usos de orden ceremonial.

Verdad también que el ceremonial y la moda tienen una misma sanción en una opinión no expresada que parece ser la misma para una y otra. Pero como lo hemos visto ya más arriba, esto es una ilusión. Aun en el hecho de que un rico cuáquero se niegue á vestir trajes semejantes á los que llevan las gentes de su fortuna, y en el no quererle sacar el sombrero delante de un hombre de rango superior, no vemos en estos actos de disidencia más que actos de una misma naturaleza, tenemos, en efecto, la prueba de que no existían en épocas antiguas, en las que el inferior había de saludar al superior bajo pena de exponerse á ciertos castigos; es decir, que muy lejos de empujar á los inferiores á imitar la costumbre de sus superiores, esto se les prohibía terminantemente. La conducta del cuáquero desafía dos autoridades diferentes, la de la regla de la clase, que antes prescribía los saludos, y la de la opinión social, para la cual actos de disidencia respecto de la costumbre, implican una situación social inferior.

Por consiguiente, cosa rara, la moda, mientras que es diferente del ceremonial, es un hecho perteneciente al tipo industrial como opuesto al tipo militar. Basta observar que, al usar el vendedor al pormenor, tenedores de plata en su mesa, afirma su igualdad con el noble; ó mejor aun, basta observar como la criada en los días de asueto que se le conceden se pone bajo el mismo pié que su señora, llevando un sombrero á la última moda, para reconocer que las reglas de conducta cuyo conjunto se llama moda, suponen el acrecentamiento de libertad que avanza con el progreso del régimen pacífico sobre el régimen guerrero.

Tal como hoy existe, la moda es en el régimen social la análoga del gobierno constitucional en el régimen político; se vé en ella un compromiso entre la violencia ejercida por el gobierno y la libertad individual. De la misma manera que con la transición que lleva de la cooperación obligatoria á la voluntaria, en



la acción pública hubo un desarrollo del aparato representativo que sirve para expresar la voluntad intermedia; así también se verificó un desarrollo del agregado indefinido de las personas ricas y cultas cuyos hábitos imponen, por su *consensus*, reglas á la vida privada de la sociedad en general. Por último, es necesario observar así en uno como en otro caso, que este compromiso siempre variable entre la violencia y la libertad, tiene por resultado el acrecentamiento de la última. En efecto; mientras que en definitiva la autoridad del gobierno sobre las acciones del individuo disminuye, la moda deja de ser rígida; de ello se vé un ejemplo en la mayor latitud con que la opinión privada se coloca en ciertos límites vagamente trazados.

Primero imitación de los defectos, luego poco á poco imitación de otros rasgos particulares de un superior; la moda siempre ha tendido á producir la igualdad. Sirviendo para oscurecer y al cabo para borrar las señales de las distinciones de clase, ha favorecido el desarrollo de la individualidad, y por esta razón ha contribuido á debilitar el ceremonial que supone la subordinación.

#### PASADO Y PORVENIR DEL CEREMONIAL

Hallamos, pues, que las reglas de conducta no son resultado de convenciones deliberadas como parece creerse. Por el contrario, son productos naturales de la vida social nacidos de una gradual evolución. Además de las pruebas de detalle que de ello tenemos, hay una general que hallamos en la conformidad de esta evolución con la evolución general.

En los primitivos grupos de hombres que no conocían la autoridad de un jefe, las costumbres que regulan la conducta no forman más que un conjunto de escasa importancia. Un pequeño número de actos de inspiración natural frente al extranjero, mutilaciones en ciertos casos, y finalmente algunas prohibiciones relativas á ciertos comestibles reservados como privilegio á los adultos: hé ahí todo el código de los usos. Pero á medida que estas sociedades se unen para formar sociedades compuestas, ó doble y triplemente compuestas, se acumula un gran número de disposiciones ceremoniales reguladoras de todos los actos de la vida: prodúcese un crecimiento en la masa de las prácticas.

Estas prácticas, simples en su origen, se hacen progresivamente complejas. Una misma raíz da origen á varias clases de reverencias. Los nombres descriptivos de los primeros tiempos se transforman en una multitud de títulos jerarquiza-

dos. Las primitivas saluciones se hacen con el tiempo fórmulas de cumplido aplicadas á las personas y á las circunstancias. Las armas conquistadas en la guerra originan símbolos de autoridad, y poco á poco experimentan transformaciones muy derivadas. Al mismo tiempo, ciertos trofeos, al dar lugar por vía de diferenciación, á insignias, trajes y condecoraciones, tienden en cada una de estas divisiones á innumerables variedades de estilos que no presentan ya semejanza ninguna con los usos originales. Además de la creciente heterogeneidad que en cada sociedad se manifiesta entre los productos salidos de un origen común, hay otra heterogeneidad que se efectúa entre este agregado de productos en una sociedad y los agregados análogos en otras sociedades.

Al mismo tiempo, las prácticas se hacen más y más definidas y llegan á terminar, en Oriente por ejemplo, en formalidades fijas cuyas detalles son objeto de un reglamento del que uno no puede desentenderse sin incurrir en penas. Por último, en varias partes, el inmenso cúmulo de ceremonias complejas y definidas que nacen de esta elaboración, se condensa bajo la forma de códigos coherentes formulados en libros.

Hé aquí, pues, un progreso bien establecido en heterogeneidad, precisión y coherencia.

Cuando vemos la unidad de origen del ceremonial, tal como en las hordas primitivas existe, y la comparamos con la diversidad que éste reviste en las sociedades avanzadas bajo sus formas políticas, religiosas y sociales, es fácil reconocer otro punto de vista de esta transformación experimentada por todos los productos de la evolución.

El origen común de las formalidades propiciatorias, que con el tiempo no parecen ya tener vínculo alguno de parentesco, está indicado en nuestro primer volumen por las numerosas analogías que se observan entre las ceremonias religiosas y las verificadas en honor de los muertos; los capítulos precedentes han manifestado que las analogías entre las ceremonias de una y otra clase y las que se verifican en honor de los vivos, son más notables aun. Vimos depositar á los piés de los jefes, en las tumbas, en los templos, y hasta ofrecer á los iguales, partes del cuerpo arrancadas como trofeo, al de los vencidos; vimos que las mutilaciones causadas por esta costumbre se hacen muestras de sumisión hácia los reyes, los dioses, los padres muertos, y en algunos casos hácia los amigos vivos. Hallamos primeramente los presentes, compuestos de víveres al principio, ofrecidos por los salvajes á los extranjeros para asegurarse su benevolencia: despues pasamos á los presentes compuestos primiti-